

## **LV ANIVERSARIO DE LA PUBLICACIÓN DEL POEMA ELEGÍAS DE SANDUA, DE RICARDO MOLINA**

---

JOSÉ M<sup>a</sup>. OCAÑA VERGARA  
ACADÉMICO NUMERARIO

---

Las *Elegías de Sandua*, uno de los poemas más significativos del poeta pontanés Ricardo Molina, acabaron de imprimirse el día 14 de enero de 1948 en la imprenta *Ibérica*. Constituyeron el primer número extraordinario de la revista *Cántico*.

Los más destacados rasgos de su lírica, expuestos ya por Guillermo Carnero en su ensayo *El Grupo Cántico de Córdoba*, Madrid, Editora Nacional, 1976, aparecen nítidamente reflejados en este poema de profundo sentimiento melancólico. La concepción panteísta de la Naturaleza se entremezclan agónicamente con el llanto elegíaco provocado por la fugacidad temporal de los seres y lugares queridos por el poeta. Encontramos en *Elegías de Sandua* evidentes manifestaciones del agonismo existencial patente en la mayoría de las obras de Ricardo Molina, junto a la desarmonía y conflictividad de un mundo que se convierte en partícipe de su orfandad espiritual. Las más bellas efusiones líricas se revisten de una fuerza íntima de desazón, dolor y pena; el pasado es un ya perdido, existente en la mente del autor.

J. Calviño Iglesias ha realizado en su obra *Antología poética del Grupo Cántico* un profundo análisis de las características fundamentales de ese poema revelador de la rica personalidad del poeta pontanés. *Elegías de Sandua*, afirma el citado crítico, es un extenso poema de treinta elegías en las que Ricardo Molina pulsa las fibras de su corazón para dejarnos vibrantes notas en las que subyace el más profundo desarraigo y pesimismo.

La más intensa desazón romántica domina ya en la primera elegía. El alma del poeta, casi dichosa y casi triste, da corporeidad al resto de la composición. Las notas de soledad y de angustia determinan la alternancia de sentimientos contrapuestos. El amor no satisfecho, tema obsesivo del poeta, determinará una límpida espiritualización del mismo mediante bellísimas alusiones mitológicas:

*Y por eso mi alma,  
triste y dichosa a un tiempo,  
es igual que una virgen embriagada  
o una antigua bacante.*

Toda esta primera elegía manifiesta la explanación íntima del sentimiento espiritual del poeta, refrendado con constantes anáforas de matiz coordinativo copulativo, con lo que se refuerza de la expresión y el dinamismo de los sentimientos.

En la segunda elegía, la Naturaleza se hace confidente de la pasión amorosa del

poeta, mientras un intenso desasosiego embarga todo su ser. En la tercera elegía, dedicada a Ginés Liébana, es de nuevo la Naturaleza la que actúa sobre Sandua, triste recuerdo de otros tiempos. Las fuerzas telúricas se han cernido sobre los lugares queridos y ensoñados por el poeta.

*No lo sé... Sin embargo, me detengo  
en la puerta de la casa en ruinas  
perdida entre los montes  
y la sombra angustiosa de los próximos bosques  
cae sobre mi vida cada vez más espesa.*

La enternecedora visión poética del pasado domina toda la composición. El alma del poeta se identifica con la desolación del paisaje, otrora cubierto de bellísimas flores y hoy inundado de tristeza por la presencia de la fuerza autumnal, símbolo de la orfandad y del fatalismo (Elegía VII). Pero también hay en este poema momentos risueños y felices. La Naturaleza recobra su virginal belleza por el simbolismo de las palomas o por el tópico del eterno renacer del amor (Elegías IX y XII).

Sin embargo, estos momentos de tranquilidad y dulzura, recuerdo y añoranza del pasado, desaparecen rápidamente para dar paso a la vaciedad y nihilismo, notas que revelan el intenso desmoronamiento interior y exterior de Sandua como alter-ego del poeta (Elegía XVIII):

*Mi vida está contigo, ya es tú misma,  
oh casa rodeada de colinas,  
oh Sandua abandonada  
y vacía, vacía lo mismo que mi vida.*

Las dicotomías de Ricardo Molina: cuerpo y alma, paganismo y catolicismo, ascetismo y hedonismo, manifiéstanse claramente en las elegías XXIX, XXX, XXXI, XXXII y XXXIII. El poeta simboliza diacrónicamente el tiempo presente (catolicismo) y el pasado (paganismo) mediante una serie de paralelismos en los que se incardinan las notas de un marco pueblerino patriarcal y religioso con el tiempo pretérito de lo arcádico y bucólico.

El poema desemboca, finalmente, en un monólogo en el que el poeta proyecta su más descarnada vaciedad y desesperanza. La cotidianeidad cordobesa le parece angustiosamente un carnaval de hipocresía:

*Y me pregunto  
si vivo todavía porque ya nada creo.*

El poeta concluye con una confesión cargada de tonos sombríos y desanletadores:

*el mundo me parece un cementerio oscuro.*

Todo el poema revela a un artífice de extraordinaria ductilidad expresiva. El uso del versículo se ajusta perfectamente a la intensidad y fuerza espiritual del poema. La alternancia de metros cortos y largos, elegía primera, se ve compensada por la variedad de rimas consonantes y asonantes en la tercera, conformada por alejandrinos de vibrante andadura rítmica. La rima es fundamentalmente asonante como corresponde al período

en que se compuso el poema, pero la magia del ritmo y el frecuente isosilabismo métrico contribuyen poderosamente a dotar de una extraordinaria fuerza expresiva este poema, auténtica joya de la rica producción lírica de Ricardo Molina.